

# MELANCOLÍA PUNK

*El 9*, el fotógrafo rebelde de Medellín

Alfonso Buitrago Londoño

Biblioteca Básica de Medellín | 27  
Institución Universitaria ITM







# Melancolía punk

*El 9, el fotógrafo rebelde de Medellín*

**Alfonso Buitrago Londoño**

**bpp** BIBLIOTECA  
PÚBLICA  
PILOTO



Institución  
**Universitaria**  
Reacreditada en Alta Calidad

Buitrago Londoño, Alfonso, autor.

Melancolía punk. *El 9*, el fotógrafo rebelde de Medellín / Alfonso Buitrago Londoño (autor).  
Medellín : Institución Universitaria ITM, Editorial ITM 2025. | Primera edición.

220 páginas ; 20 x 23.5 cm. | Ilustraciones.

1. Ciencias sociales | 2. Periodismo | 3. Fotoperiodismo | 4. Fotógrafos | 5. Biografías | I. Tít. II. Serie

070.4 Periodismo

Primera edición: agosto de 2025

© Alfonso Buitrago Londoño (autor)

© Institución Universitaria ITM

### **Sello Editorial ITM**

Calle 75 75-101

Medellín, Colombia

Teléfono: 604 440 51 00 ext. 5197

<http://catalogo.itm.edu.co>

[editorialitm@itm.edu.co](mailto:editorialitm@itm.edu.co)

### **Fondo Editorial BPP**

<https://www.bibliotecapiloto.gov.co/>

[editorial.fondo@bpp.gov.co](mailto:editorial.fondo@bpp.gov.co)

ISBN IMPRESO 978-628-7751-26-2

ISBN DIGITAL 978-628-7751-27-9

### **Corrección de estilo**

Alejandro Vega Carvajal

### **Diseño y diagramación**

Manuela Escobar Ortiz

Juan Esteban Tobón Alzate

### **Diseño de cubierta**

Juan Esteban Tobón Alzate

### **Fotografía de cubierta**

Luca Zanetti

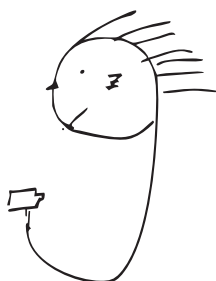
### **Collage**

Albeiro Lopera Hoyos

### **Impresión**

Divegráficas S.A.S.

Las ideas y opiniones de este libro son responsabilidad exclusiva de los autores, quienes son igualmente responsables de las citas, referencias y de la originalidad de su obra. En consecuencia, el itm no responderá ante terceros por el contenido técnico o ideológico del texto ni asume responsabilidad alguna por las infracciones a las normas de propiedad intelectual. Todos los derechos reservados. El texto puede ser reproducido en todo o en parte y por cualquier medio citando la fuente.



*A la memoria de  
Albeiro Lopera Hoyos  
(1966-2015)*



Lo que estaba escuchando eran  
las historias detrás de las  
noticias, historias que no había  
visto en los medios, historias  
que sonaban como Historia.

*Photojournalists on War.  
The Untold Stories from Iraq*

MICHAEL KAMBER



# Contenido

<b>13</b>	Prólogo
<b>17</b>	Nota del autor a esta edición <i>El 9's not dead</i>
<b>20</b>	I. Un <i>collage</i> caótico
<b>54</b>	II. La invención de sí mismo
<b>76</b>	III. Y le tocó la guerra
<b>120</b>	IV. Última batalla
<b>207</b>	Epílogo <i>Le decían el 9</i>



Prólogo

# La melancolía y la fragilidad en la guerra

Marta Ruiz

Uno de los alegatos más demoledores contra la guerra lo lanzó al aire una madre en *Matadero cinco*, esa pequeña novela antibélica de Kurt Vonnegut, donde todo parece delirante, menos el dolor. La madre, cuyo hijo ha muerto como tantos otros en la Segunda Guerra, no da entrevistas ni posa para los periódicos. Sabe que tarde o temprano su historia será triturada por la maquinaria del espectáculo, que algún productor en Hollywood pondrá a un galán musculoso con voz grave a interpretar a su niño, que habrá una bandera ondeando al viento y un guion que transforme el espanto en falso heroísmo, la crueldad en gloria. Que convertirán a aquellos niños flacos, torpes y asustados en hombres de acero.

Algo así pensé cuando conocí a Albeiro Lopera. Fue una noche cualquiera de noviembre de 2006, en Montería. Veníamos de Tierradentro, en Montelíbano, Córdoba, un pueblo que había sido atacado sin piedad por la guerrilla. Regresábamos, como siempre, cargados de barro y de sinsabor por el peso de un viejo dilema: salir de allí a salvo y, al mismo tiempo, dejar atrás a una población atrapada entre la violencia y el olvido.

Esa noche, como tantas otras, nos faltaron las palabras. Los mismos caminos polvorientos, los mismos soldados que no saben dónde están, la misma gente acorralada. Con la mirada baja, empujábamos una cerveza más amarga que de costumbre. En algún momento, Albeiro dijo, con voz apagada, que casi nunca dormía. Que se acostaba vestido. Que la radio siempre estaba al lado por «si pasaba algo». Y ese algo, claro, pasaba siempre. Estábamos en guerra. Lo dijo sin drama, como si fuera lo más normal del mundo dormir listo para echar a correr.

Me impresionó su mística, esa mezcla rara de entrega y resignación. Un estoicismo sin alardes. Como si fuera un misionero en tierras sin Dios. Un hombre entregado a una tarea arriesgada, pero elegida. Estaba a gusto en ella. En sus ojos, de un verde marino, se asomaba una gran fragilidad. Y entonces me pregunté: ¿cómo llega alguien así a ser reportero de guerra? ¿Cómo sobrevive uno a la tarea de registrar el horror todos los días? ¿De qué están hechos su cuerpo y su espíritu?

Años después supe que Albeiro había muerto porque su hígado no aguantó más. Para mis adentros siempre creí que fue la guerra la que lo mató. Esta guerra tonta y cruel que nos degradó a todos, y que encontré en su cuerpo un contenedor perfecto para explotar.

Alfonso Buitrago escribió un libro estremecedor sobre Albeiro: sobre su vida y su muerte, su legado, y el laberinto fascinante de su existencia. Una trayectoria creativa, única, atravesada por la lucidez y el desasosiego. *Melancolía punk* es un retrato de un fotógrafo, de una generación, de una ciudad, de una guerra y mucho más.

Es la historia de un artista y testigo; un hombre que se hundió en el barro de la guerra con los ojos bien abiertos, entregando la vida. En el libro, Buitrago nos quema con la llama que ardía en ese corazón solitario del 9, cuando trabajó como mensajero en talleres mecánicos en Barrio Triste, donde todo se vale, incluso la amistad y el amor. Cuando se entregó al punk porque su cuerpo no resistía tanta alma, pero vibraba con la energía de la rabia, ¡tan necesaria!, del descontento y de las ansias de un mundo distinto.

Buitrago, que huele la derrota como los sabuesos huelen el rastro de una presa, entendió que contar esa vida era contar también la suya, la mía, la de un país entero que se barniza de éxito, pero transpira fracaso. Ya lo había hecho cuando retrató a su propio padre, aquel rebelde que no abandonó las utopías ni en su lecho de muerte en *El hombre que no quería ser padre*, o cuando nos entregó la crónica del *Chino*, testigo paranoico de los días de Pablo Escobar.

En *Melancolía punk* la fragilidad de Albeiro aparece nítida en las primeras páginas del libro, cuando su cuerpo comenzó a rendirse. Aceptó la muerte con la misma entereza con la que había vivido en ese torbellino llamado Medellín, llamado Antioquia, esa región que aún se jacta de su belleza, sobre los escombros de su propia memoria.

Sus amigos le decían *el 9*, porque su cuerpo algo encorvado recordaba un garfio. Y cuando hablo de sus amigos, me refiero a una extensa tribu de callejeros: almas de los márgenes. Porque Albeiro fue, a su manera, un poeta de la calle, de los bajos mundos de la clase trabajadora, de los que eligieron —o fueron empujados— a vivir en el borde de una sociedad paísa obsesionada con el lucro y la belleza artificial. Nada de eso lo movía. Su motor era otro: la dignidad, el ser uno mismo, la libertad en su sentido más amplio. Por eso, aquella sociedad solo pudo ofrecerle las noches frías de bohemia, los amores tormentosos, los oficios varios.

*El 9* retrataba los márgenes donde habitan los olvidados —campamentos de combatientes, barrios de desplazados, esquinas de vendedores y drogadictos— con la misma delicadeza con que otros fotógrafos persiguen paisajes en el *país de la belleza*. Su lente no buscaba la sangre sino la grieta, el gesto mínimo, el temblor en la mano del soldado que sujeta el fusil, la sombra detrás de la viuda a la que no le quedan lágrimas. Por eso sus fotos escaparon de la página roja: eran demasiado bellas, demasiado tristes, demasiado veraces para encajar en la carnicería mediática de cada día.

Paradójicamente, salir del margen implicaba entrar a la guerra. Porque en la Colombia que vivió *el 9*, la guerra era el centro. Como si ese enfrentamiento fratricida necesitara de sus ojos: esa mirada honesta que supo retratar la fragilidad de los vivos, de los sobrevivientes, de los soldados e incluso de los muertos. Un espejo de lo que somos: seres rotos por la violencia.

Se metió en la guerra como quien se moja en un charco creyendo que el agua le va a llegar a los tobillos, pero se hundió hasta el cuello. Regresaba

a la ciudad con la ropa manchada de lodo y con cada vuelta perdía algo: una rueda, una novia, algo de su salud, un poco de fe en cualquier cosa que no fuera la amistad y el impulso de apretar el obturador otra vez.

Sus fotografías —icónicas en la prensa internacional— tenían la poética del lamento, del absurdo. Una dosis justa de existencialismo para evitar que la destrucción del ser humano se volviera paisaje. Su mirada componía un mundo gótico, en diálogo con el cine de Víctor Gaviria, de Laura Mora y de quienes vieron en él no solo al artista que dejaba el alma cada vez que disparaba su cámara, sino también al hombre cuya vida y cuerpo eran, en sí mismos, una metáfora de nuestras paradojas. Por eso *el 9* también terminó como coprotagonista de películas como *Apocalypsur* y *Alexandra Pomaluna*, y como personaje de documentales y literatura. Siempre se encarnaba a sí mismo, porque su presencia era dolor y esperanza al mismo tiempo. En ese universo áspero, su remanso era la amistad.

*Melancolía punk* no es una apología. Es un libro descarnado, un viaje a un corazón que supo conectar con la fragilidad de todos. Es biografía, perfil, crónica coral de una ciudad, de una época, de una guerra y de nuestra historia cíclica. Es la condición humana en estado puro, contada con amor y maestría.

[7 de julio de 2025]

## ***El 9's not dead***

El fotorreporterismo de guerra es un oficio que se ejerce contra sí mismo. En contra del fotorreportero y en contra del oficio mismo. Sus fotografías claman por el fin de la guerra y cuando esta acaba en algún lugar del mundo, el oficio muere momentáneamente y sus oficiantes cargan con las secuelas. Los fotorreporteros reviven cuando los muertos caen de nuevo. Es una noria que pocas veces se descarrila. Albeiro Lopera Hoyos, *el 9*, fotografió un conflicto colombiano sin fin a la vista, en uno de sus momentos más sangrientos, con el anhelo de quedarse sin trabajo, de que alguna forma de paz lo dejara sin sustento; por lo menos eso me decía en los últimos días de su vida cuando nos embarcamos a escribir un libro sobre su historia.

Su muerte estaba anunciada. El trasplante de hígado con el que había vuelto a vivir hacía siete años falló y no había forma de remediarlo. En sus últimos meses soportó en pie el deterioro de su cuerpo, amarillo, hinchado, arrugado, como un sobreviviente de batallas sucesivas, con el ánimo exiguo, consciente de que al final saldría derrotado. Vivió en guerra desde que abrazó el punk como estandarte de su personalidad, en los años ochenta del siglo pasado, para rebelarse contra el mundo de impostura, violencia y adoración al dinero que triunfaba en Medellín, hasta que se convirtió en fotorreportero en los años noventa y el conflicto lo abrazó a él.

Con el fotógrafo Stephen Ferry, a quien conoció cubriendo los enfrentamientos de la Operación Orión en la Comuna 13 de Medellín, elaboró una serie de imágenes que retratan de manera excepcional, desafiante, con rabia, crudeza e ironía a todos los actores armados y sus arrogancias, mentiras y flaquezas; que los descubren entrenándose, fingiendo víctimas en combate, arruinando comunidades, desmovilizándose. Y a sus víctimas de todas las edades, siempre gente pobre, con sus heridas irreparables.

Al mismo tiempo, fotografiaba una Medellín que sentía en sus entrañas, que lo despreció, que mató a sus amigos y desplazó a su familia; a la que le compuso canciones punk y enfrentó arriesgando su vida. Pandilleros que trafican drogas, manifestantes que se enfrentan al sistema, vecinos que soportan la intromisión de guerreros armados en sus rutinas modestas, un barrio de excluidos presos del vicio, todos ellos marcados por la violencia, rebeldes, resignados, sobrevivientes en búsqueda de una causa propia.

A Ferry le parecía que en la selección de treinta fotos a la que llegaron, *el 9* se retrataba a sí mismo y de la que solo estuvo satisfecho hasta que decidieron empezar la secuencia con el cuerpo de una víctima de asesinato extrajudicial a manos del Ejército, cuando en Colombia todavía no había estallado el escándalo de los *falsos positivos*. Enseguida escogieron las imágenes de unos jovencitos sometidos a entrenamientos en un campo de formación paramilitar en el Urabá antioqueño y de policías que cubren el cuerpo de un compañero y se abrazan sobre las ruinas del municipio de Granada. En las fotografías de Albeiro, los guerreros también son víctimas y las víctimas testigos de su autodestrucción.

En ellas emerge esa aura de tristeza inextinguible que conocemos como melancolía, que a través de sus ojos, teñidos por la enfermedad de su hígado, se llena de bilis, de indignación. Hechas con la conciencia de un condenado. Diez años después de su muerte en febrero de 2015 su archivo sigue estremeciendo con absurda vigencia.

Hace algunos años, el artista Camilo Restrepo se topó con su historia y empezó a tomar notas ilustradas que se convertirían en una serie de doce ilustraciones que interpretan la inmolación del fotógrafo, esa idea difícil de exhibir de que la guerra carcome a quien la mira a los ojos. Restrepo consigue con sus dibujos revelar el cuarto oscuro que subyace a la mirada del 9; el dolor encarnado en su cuerpo.

La vida personal de los fotorreporteros suele interesar poco y yace eclipsada por la magnitud de la tragedia que ocupa a su profesión.

Pudorosos, escurridizos, protegen su intimidad. Han visto tanta miseria que dejar ver la propia les puede resultar banal, innecesario. Albeiro quería contar su historia y exhibía sus cicatrices con descaro. Su vida es tan perturbadora como sus fotografías. Ahí radica su rebeldía y su autorretrato.

En esta nueva edición, que ingresa a la Nueva Biblioteca Básica de Medellín de la Editorial ITM, y con la ayuda de Patricia Monsalve, la viuda de Albeiro, la complicidad de sus familiares y los aportes de los fotógrafos Juan Camilo Restrepo, Stephen Ferry y del artista Camilo Restrepo, he vuelto a revisar su archivo, diez años después, con el ánimo de invocarlo para extender y completar el trabajo que su muerte, a los cuarenta y ocho años, cerró de manera tan abrupta.

Una semana después de completada la selección fotográfica original y de una primera versión de su historia, *el 9* falleció el viernes 17 de febrero de 2015. Fue como si una época también hubiera muerto, como si se hubiera cerrado una ventana por la que lográbamos mirar nuestra más cruda realidad con la fuerza para combatirla. Albeiro fue la contracara de esa Medellín del No Futuro. El Rodrigo D. que convirtió las baquetas de una batería en una cámara fotográfica que le dio sentido a su vida. Sin su presencia para revisar sus fotos y reconstruir las historias detrás de ellas, he ampliado la selección de fotografías —algunas de ellas permanecerán sin descripción ni fecha de captura—, incluyendo una serie de estampas punkeras que cierran el libro como un homenaje a esa mirada, a su melancolía punk, que se resiste a la muerte.

[ 1 ]

---

**UN *COLLAGE*  
CAÓTICO**

---

1

Seis meses después de que tuviera que abandonar su oficio de fotógrafo de guerra, en la sala del apartamento de su madre, Albeiro Lopera Hoyos miraba con picardía una camarita digital negra que se perdía en sus manos gruesas, ásperas y amarillentas. Sonreía como si con ella pudiera hacer una maldad de la que ya nadie lo creía capaz, y esa picardía le suavizaba las arrugas del rostro, cada vez más árido de alegrías. Sentado en el sofá, parecía un guerrero mohicano en retiro. Tenía el pelo corto y despeinado, color cobrizo, y de la parte de atrás de la cabeza le salía una trenza delgada, envuelta en hilos de colores rasta. La erizada cresta de su vida punkera había cedido ante una relajada colita reggae que descansaba en una giba pronunciada. La joroba era su marca de identidad y la responsable del apodo por el que era conocido en Medellín: *el 9*. Un número con forma humana que había sido sinónimo de punk, guerra y supervivencia.

El deterioro de su cuerpo y el agotamiento de su vitalidad, así como la pérdida progresiva de la visión, de la memoria y del estado de conciencia copaban la realidad de Albeiro en esos días finales de septiembre de 2014. Su hígado enfermo de cirrosis y sin cura posible —que recibió en un trasplante siete años atrás— era incapaz de procesar la bilis que se le acumulaba en la sangre y le producía la coloración amarilla en la piel y en los ojos. Albeiro libraba su última batalla en todos los frentes: cuerpo, mente y corazón. Contra una enfermedad terminal, contra los recuerdos y contra el abandono obligado del oficio de reportero gráfico, su gran pasión.

A pesar de que la tarde no estaba fría, llevaba puesto un buzo grueso de algodón, una sudadera de cuadros y sandalias de cuero. Así intentaba conservar un poco de calor, estar cómodo y que ningún zapato le lastimara

sus pies hinchados. Las botas militares y los pantalones *cargo* con los que salía a las zonas en conflicto en los barrios de Medellín o en las montañas de Antioquia permanecían guardados en el armario de la casa de su madre.

Casi no podía creer lo liviana y pequeña que era la nueva cámara Sony RX100 III y las funciones que tenía, que apenas comenzaba a descubrir. Esa camarita digital significaba al mismo tiempo una renuncia y una esperanza. Quería decir que había dejado de ser un fotógrafo de guerra profesional, pero también que podría seguir tomando fotos por algún tiempo más, aunque fuera muy poco. Moriría cinco meses después, un mañana del 17 de febrero de 2015. Contemplar la idea de seguir con la fotografía, a pesar de estar tan enfermo, le despertaba su sarcasmo.

—Ahora que soy un *artista*, que hago exposiciones en museos y me sacan en un libro, ¿por qué mejor no hacemos una tertulia con los intelectuales para hablar de los efectos de la luz en la fotografía de guerra? —decía, y de nuevo la malicia y la risa irónica le acariciaban el rostro.

Con esa camarita podía dedicarse a retratar personas, que era lo que más le gustaba hacer cuando tomó un curso en la Academia de Fotografía y Video ASFO en 1993, y por lo que se ganó un premio el día de la graduación. Así empezó a creer que podía ser fotógrafo.

No hay un orden lógico que explique la decisión del 9 de convertirse en fotógrafo a menos que uno se empeñe en encadenar una serie de anécdotas en este relato: porque su hermana Yanneth le regaló una cámara Polaroid; porque con esa cámara les tomaba fotos a los mecánicos y a los perros callejeros de Barrio Triste, donde trabajó como mensajero en locales de repuestos de automóviles; porque en el parque del Periodista vio unos retratos en blanco y negro tomados por un desconocido, que le llamaron mucho la atención; porque le preguntó a ese desconocido dónde los había hecho y este le dijo que en ASFO, a pocas cuadras de donde estaban; porque un profesor, que frecuentaba los bares del parque, lo dejó asistir a un curso de escultura que dictaba

en la Universidad Nacional; porque en ese curso descubrió que podía ser un artista haciendo candelabros y camas con los repuestos viejos que sacaba de los almacenes de Barrio Triste; porque fue un punkero que escribía canciones, salido de un barrio obrero, con ganas de enfrentarse a la vida, a la muerte, a una sociedad en la que no encajaba.

Porque sí; porque descubrió que la cámara podía ser un escudo con el que acceder a cualquier lugar; porque con ella podía conseguir respeto social; porque probó y vio que podía; porque tenía suficiente calle para encarar un oficio que a muchos deslumbra, pero con el que pocos se atreven: el fotoperiodismo de guerra. Y porque sí otra vez; porque desde pequeño aprendió a mirarle la cara a la muerte.

Albeiro se hizo fotógrafo a la manera de los músicos pioneros del punk: sin herencia ni educación formal; por rebeldía; porque les dio la gana; porque lo que sentían y expresaban le gustó a un tipo de gente cansada de imposturas, artificios y pretensiones; porque su rebeldía era sincera y necesaria.

Sus fotografías son como sus canciones de punk favoritas: *We're a Happy Family*, de Ramones; *Chemical Warfare*, de Dead Kennedys; *Fuck the Mods y Punk's not Dead*, de The Exploited; *Agotados de esperar el fin*, de Ilegales; *No más clases*, de P-Ne; *Dinero*, de Mutantex; y *Desplazados*, de Fértil Miseria. Imágenes perturbadoras, llenas de desesperación, pero también de luz y de color; de ironía y de humor. En sus fotografías hay una protesta contra la guerra, la banalidad de la apariencia y el no futuro de la pobreza; imágenes de destrucción y muerte con personas que combaten y otras que aguantan. Las fotos del 9, como su vida, son la imagen de una lucha y una resistencia.

Apenas tenía 48 años y cada día que pasaba perdía más la visión, debido a las cataratas que afectaban sus ojos, pero confiaba en que el visor y el autofocus de la camarita Sony le ayudarían a seguir tomando buenas fotos. Su vida era como *La luz que se apaga*, la novela de Rudyard Kipling sobre un pintor de guerra que se queda completamente ciego justo cuando ha pintado su mejor cuadro, al que bautiza *Melancolía*: «¿Qué es

lo que excita el dolor de cabeza y pone manchas ante los ojos, Binkie? ¿Será cosa de que tomemos unas píldoras para el hígado?», le dice Dick Helder a su perro cuando se le empieza a nublar la visión. No es casual que Kipling haya escogido la palabra «melancolía» para el título de la obra maestra de su personaje, y que Dick se refiera al hígado como el causante de su ceguera. En la antigüedad, la melancolía era el sentimiento que correspondía al exceso de bilis negra o atrabilis, que era considerada como uno de los cuatro humores constitutivos del temperamento. Desde muy joven, Albeiro padeció una obstrucción de las vías biliares que afectó el funcionamiento de su hígado y condicionó su forma de relacionarse con el mundo y con su oficio.

«Toda la vida he estado enfermo», decía con frecuencia, como si recitara el número de su documento de identidad.

Hacia poco había vuelto a vivir con su madre en el barrio Belén, después de renunciar a su último sueño: vivir con su mujer en el corregimiento de Santa Elena, en lo alto de una montaña cercana a Medellín, en una casita en medio del bosque, rodeado de animales. Allí se había mudado con Patricia Monsalve, su compañera desde 2004, quien había iniciado en la casa una empresa artesanal de producción de frutos deshidratados. Aparte del hígado, el frío de Santa Elena estaba matando a Albeiro y por eso pasaba más tiempo en el apartamento de su madre. Patricia lo había cuidado desde que su condición hepática empeoró y se sometió al trasplante en 2007, pero en ese momento no podía abandonar su incipiente empresa para buscar un mejor clima en Medellín.

«Ver sus fotos de guerra me ayudó a entender por qué su hígado colapsó. La guerra lo cargó y lo cargó hasta que no dio más», dice Patricia.

En las mañanas, cuando se sentía animado y con fuerzas, Albeiro salía a dar una vuelta por las calles de Belén y aprovechaba para fumar un poco de marihuana, lo único que le daba tranquilidad y le abría el apetito. Siempre llevaba la camarita nueva colgada a un costado, cubierta por una

chaqueta con el logotipo de la agencia de noticias Reuters, para la que trabajó desde 1999.

A veces, en sus mejores días, se iba para el centro de Medellín a encontrarse con algún amigo fotógrafo y se entretenía mirando las calles, la gente que pasaba, las personas que dormían en las aceras. Con discreción abría la chaqueta, sacaba la cámara, activaba el visor, se lo pegaba al ojo, fruncía el ceño y disparaba «fotografías del natural como si fueran flagrantes delitos», como decía el fotógrafo francés Henri Cartier-Bresson.

Le gustaba volver al parque del Periodista, donde se encontraba con viejos punkeros y veteranos de la vida del centro que lo detenían en la calle, lo abrazaban y le preguntaban cómo estaba. Caminaba muy lento, como un viejo tractor. Paraba en una cigarrería a la mitad de una cuadra en la calle Maracaibo y pedía una cerveza sin alcohol y un cigarrillo. Recostado en uno de los muros de la puerta del local, con el telón de los párpados medio caído, que apenas le dejaba ver los ojos amarillos, entreveía el teatro de sus amigos punkeros al otro lado de la calle, gesticulando, escuchando música y tomando alcohol. De instantes como esos estaban hechos los mejores momentos de su vida, que no se repetirían. Si la melancolía tenía un color, era el de los ojos de Albeiro Lopera; y si tenía forma, era la de la cara del 9.



A principios de los noventa del siglo pasado, el parque del Periodista era una manga triangular sobre la carrera Girardot, entre las calles Caracas y Maracaibo, que servía de trinchera a punkeros y metaleros venidos de los barrios populares de Medellín y de los municipios cercanos, y a una manada de profesores y estudiantes universitarios, periodistas, teatreros, poetas y escritores desconocidos que algunos tildaban de *bohémios* y que frecuentaban El Guanábano y El Viejo



MELANCOLÍA PUNK  
*El 9, el fotógrafo rebelde de Medellín*

\*

La fuente tipográfica empleada es FreightText Pro 13 puntos para texto corrido  
y Acumin Pro Condensed 35 puntos para títulos.



978-628-7751-26-2

*El 9*, un exfotógrafo de guerra, enfrenta sus últimos días en septiembre de 2014. En el apartamento de su madre observa con picardía una cámara digital, mientras evoca su pasado rebelde. Su cuerpo deteriorado por la cirrosis, la pérdida de visión y memoria, y su mente agotada, encarnan los estragos del conflicto armado. La trenza rasta y su joroba distintiva son testigos de su vida punk y su batalla constante. Albeiro Lopera, *el 9*, se enfrenta a una enfermedad terminal, a sus recuerdos y a las consecuencias de su pasión por la fotografía, en una lucha que abarca cuerpo, mente y corazón.